LAS DOS CARAS DEL PERDÃ?N

DescripciÃ³n

PERDONAR A LOS DEMÃ?S PARA QUE JESÃ?S NOS PERDONE

Si has tenido la fortuna de presenciar a alguien haciendo oraciÃ³n, pero oraciÃ³n de verdad: con piedad, con una paz profunda, con ese recogimiento y con todos los sentidos orientados hacia Dios, seguramente te ha entrado, vamos a decir, una envidia de la buena. Â¿QuÃ© puedo yo imitar de esta persona? Â¡OjalÃ¡, SeÃ±or, yo pudiera hablar contigo asÃ!
Pues leemos en el Evangelio que esta situaciÃ³n, esta sensaciÃ³n que vamos a llamar â??envidia de la buenaâ??, eso es antiquÃsimo. Le sucediÃ³ a tus discÃpulos, JesÃºs. Â Uno de ellos, con esa confianza asombrosa que tambiÃ©n quisiÃ©ramos tener nosotros, te dice:

â??SeÃ±or, ensÃ©Ã±anos a orar, como tambiÃ©n Juan enseÃ±Ã³ a sus discÃ-pulosâ??

(Lc 11,1).

Y asombrosamente, en ese momento Dios le presta al hombre palabras con las que dirigirse tambiÃ©n a Dios. Es decir, con el â??Padrenuestroâ?? es Dios que nos presta sus palabras para que nos dirijamos a Ã?l. Nos deja el Padrenuestro, que es una de esas primeras oraciones que seguramente todos hemos aprendido desde pequeÃ±os.

PADRE NUESTRO

Ese es el pasaje que recoge el Evangelio de la misa de hoy, el Padrenuestro. Pero vamos a detenernos solamente en una de las siete peticiones que te hacemos en esta oraciÃ³n tan bonita que nos enseÃ±as, JesÃºs. Es la sexta peticiÃ³n, es aquello de

â??perdona nuestras ofensas, como tambiÃ©n nosotros perdonamos a los que nos ofendenâ??.

Y nos detenemos acÃ¡ porque justo despuÃ©s de enseÃ±arnos esta oraciÃ³n del Padrenuestro, TÃº

SeÃ±or haces como una vuelta de tuerca, TÃº haces hincapiÃ© precisamente en este asunto:

â??Porque si ustedes perdonan a los hombres sus ofensas, tambiÃ©n se las perdonarÃ¡ a ustedes su Padre celestial; pero si no perdonan a los hombres, tampoco el Padre celestial les perdonarÃ¡ a ustedes sus ofensasâ??

(Mt 6, 15).

Por una parte, nos parece un trato justÃsimo, nos parece la justicia mÃ¡xima, porque esto es como un corolario que se desprende de esa ley de oro, la regla de oro: â??*Trata a los demÃ¡s como quieres que te traten a tiâ??*; o enunciada de modo negativo, que creo que incluso es mÃ¡s famoso: *â??No hagas a los demÃ¡s lo que no quieres que te hagan a tiâ??*.
Pero, por otra parte, aunque nos parezca que esto que nos dices en el Padrenuestro es de justicia, eso no quiere decir que no nos cueste. De hecho, en oportunidades, esta experiencia nos puede parecer hasta cruel.
â??Eso que nos estÃ¡s exigiendo nos puede parecer cruel, SeÃ±orâ??. Ya sabemos que hay que poner la otra mejilla, que hay que perdonar hasta 490 veces (eso es 70 veces 7), no sÃ© por quÃ© era tan fÃ¡cil decirlo, pero bueno. Ese perdonar para que TÃº, SeÃ±or, nos perdones. Pero a veces no es nada fÃ¡cil.

PERDONAR A LOS DEMÃ?S PARA QUE JESÃ?S NOS PERDONE

Una vez conocÃ un seÃ±or que me decÃa: â??Padre, yo afortunadamente soy de los que pasa pÃ¡gina rÃ¡pido. Pude haber tenido una discusiÃ³n con alguien, una discusiÃ³n fortÃsima, pero casi inmediatamente puedo ponerme a servir a esa persona sin ningÃºn problemaâ??.
Claro, el chiste estÃ¡ en que era bien sabido que a esta persona alguien le habÃa hecho una

injusticia, y cuando salÃa el tema en una conversaciÃ³n, involuntariamente esta persona que decÃa que pasaba a pÃ¡gina rapidÃsimo, se volvÃa a indignar; hablaba pestes de la persona que le habÃa traicionado, hasta el punto de que habÃa que decirle que se calmara porque se le empezaba a subir la tensiÃ³n.
Y es que no es fÃ¡cil, SeÃ±or. Pero tambiÃ©n sabemos que nada de lo que nos pides puede ser cruel. Ni siquiera esto de perdonar a quien mÃ¡s nos cuesta. Y te pedimos en este rato de oraciÃ³n tu ayuda en este tema, porque a veces nos supera totalmente.
Puede que tengamos alguien a quien pensemos que sÃ hemos perdonado, pero bueno, basta que, como esta persona que te decÃa, nos toquen esta tecla y se vuelve a agitar la herida. Hay ciertas personas o circunstancias que son nuestro â??talÃ³n de Aquilesâ??, y no es que no sepamos que hay que perdonar, pero sin tu ayuda, SeÃ±or, Â¡cuÃ¡nto nos cuesta!

PERDONAR COMO SER PERDONADOS

Lo que reconocemos cada vez que decimos esta sexta peticiÃ³n del Padrenuestro, es que tanto el perdonar como el ser perdonados, son dos caras de la misma moneda, es que van sumamente juntos. Y es que, en cierto modo, son dos caras de la misma moneda de la libertad.
Me explico: esto es evidente en uno de los dos sentidos, porque cuando uno pide perdÃ³n y estÃ¡ verdaderamente arrepentido, lo que uno busca es liberarse de una culpa que agobia de un peso que deseamos quitarnos de encima y, si es posible, tambiÃ©n librarnos del merecido castigo por la propia falta.
Por eso decimos que el perdÃ³n libera; es decir, a mÃ cuando me perdonan, me liberan. Y en todo caso, el sabernos perdonados (y mucho mÃ¡s por alguien que es muy querido, a quien hemos ofendido), es liberador.
â??Aprovecho, SeÃ±or, para darte gracias en este rato de oraciÃ³n por esa paz en el alma cada vez que nos acercamos a ese regalo tan grande de la confesiÃ³nâ??.
Pero la otra cara de la moneda de la libertad que nos da el perdÃ³n a veces no es tan evidente, porque es esa libertad que ganamos cuando perdonamos a los demÃ¡s. Porque tambiÃ©n perdonar es liberarse del yugo al que nos somete el rencor, al que nos somete el deseo de venganza, al que

nos somete la ira.

Un amigo contaba que en su casa uno de sus perros le hizo desvelarse prÃ¡cticamente toda la noche por un suceso tragicÃ³mico. Este amigo desde su cama oÃa que el perro ladraba furibundo y de repente dejaba de ladrar y se ponÃa a llorar.
Y asÃ varias veces, largo rato, durante la noche. Hasta que este muchacho se decidiÃ³ salir a ver quÃ© es lo que pasaba y se encontrÃ³ con el espectÃ¡culo del combate a muerte entre su perro -un pastor alemÃ¡n- y un erizo.

Y Â¡CLARO!

El perro instintivamente le ladraba al intruso. De repente, de la rabia se decidÃa a morderlo y luego lloraba por el dolor de las espinas que tenÃa clavadas en el hocico -que eso fue lo que vio este amigo, que tenÃa varias espinas en el hocico. Y asÃ varias veces, el mismo proceso: ladrar, morder, llorar.
Cuando mi amigo me contaba esto, Ã©l se reÃa y decÃa: â??Oye, quÃ© perro tan tonto, Â¿no? Fue presa de su instinto mÃ¡s bajoâ??. Y yo creo que no podÃa ser de otro modo, porque como le sucede al resto de los animales, ese perro no tiene la posibilidad nuestra de liberarnos, incluso de los elementos mÃ¡s bajos del instinto.
Y nosotros, con tu ayuda, SeÃ±or -aprovechamos y te lo pedimos tambiÃ©n en este rato de oraciÃ³n-, queremos ver con claridad esa otra cara de la moneda de la libertad que es el perdonar a los demÃ¡s por muy fuerte que sea la reacciÃ³n de ira, de indignaciÃ³n o de venganza que nos provoque recordar lo vivido.
Es que nos merecemos la paz de no estar atados por ningÃºn sentimiento impuro, ningÃºn sentimiento que tendrÃas TÃº, JesÃºs. Es esa paz que tÃº nos ganaste en la Cruz. De hecho, decÃa un escritor norteamericano conocidÃsimo, Mark Twain:

â??El perdÃ³n es la fragancia que suelta la violeta cuando se levanta el zapato que la aplastÃ³â??.

PERDÃ?N, CAMINO DE LIBERTAD

Y estas dos libertades que nos da el perdÃ³n -la libertad al recibir el perdÃ³n y la libertad al dar el

perdÃ³n-, tambiÃ©n las notamos en esa otra parÃ¡bola que nos dejaste (eso nos habla de lo unidas que estÃ¡n estas dos libertades).
Es la parÃ¡bola del siervo despiadado que despuÃ©s no quiso perdonar. Ã?l sintiÃ³ que el perdÃ³n que habÃa recibido de su amo habÃa sido un perdÃ³n meramente ritual, una transacciÃ³n mÃ¡s. Incluso un perdÃ³n merecidÃsimo: probablemente ha dicho â??Me merecÃa este perdÃ³n porque yo he trabajado buenÃsimoâ??. Y por eso, Ã©l no se siente movido a perdonar lo poco que le debÃan.
â??Nosotros, SeÃ±or, anhelamos esa libertad y esa paz que da tanto el sabernos perdonados como el saber perdonar. Porque no queremos ser esclavos de nadie: ni de la ira, ni de la venganza, ni del rencor.
Queremos ser esclavos tuyos, SeÃ±or. Y para eso te pedimos que valoremos de verdad la grandeza de la libertad que nos devuelves en cada confesiÃ³n bien hecha, con un corazÃ³n arrepentido, con propÃ³sito de enmienda de mejorar. Para que asÃ, como consecuencia natural, queramos terminar de ser totalmente libres, perdonando tambiÃ©n a los demÃ¡sâ??.